

Nemrut Dag, la montaña de los dioses de piedra.



Vista aérea del túmulo de Antioco I.

hablaban de enormes estatuas de divinidades situadas delante del túmulo. Si realmente se trataba de un monumento, y además de tan llamativas dimensiones, ¿por qué no había hallado ninguna mención en los mapas u oído alguna descripción? Muchos europeos, entre los cuales figuraban estudiosos de gran fama, habían visitado ya la región en los decenios anteriores y seguramente todos debían de haber observado la singular forma de la montaña y escuchado los mismos rumores: era impensable que ninguno hubiera subido a él para averiguar si la cima era realmente artificial. Además, el Nemrut Dag tenía más de dos mil metros de altura, y le parecía bastante improbable que en un remoto pasado alguien hubiera podido realizar una obra tan formidable.

De todos modos, en los días siguientes, su mirada siguió volviéndose a menudo hacia el monte, que en su fantasía se había transformado en un lugar cargado de misterios o, mejor dicho, en una auténtica obsesión; inevitablemente, Sester decidió verificar en persona si era cierto o no lo que le habían dicho. La marcha fue larga y agotadora, pero

En 1880, el ingeniero alemán Karl Sester se hallaba en Asia Menor oriental por encargo del gobierno turco: su misión era efectuar una completa exploración del territorio, a fin de proyectar una red de vías de comunicación que uniera la región con la Anatolia central con los puertos del Mediterráneo. Un día, durante uno de sus largos reconocimientos a caballo, algunos ayudantes kurdos llamaron su atención sobre el extraño túmulo, de dimensiones realmente imponentes, que coronaba una montaña del Antitauro conocida con el nombre de Nemrut Dag. La singular formación era visible desde muy lejos, y quizás incluso por esta razón Sester no quiso creer en un principio en los sorprendentes relatos de sus acompañantes, que



Planta del túmulo en el Nemrut Dag.



Vista general de la terraza este.

cuando llegaron a la cima, el ingeniero alemán no supo si sentirse más feliz por su descubrimiento o más asombrado por lo que se ofrecía a su vista. La cima del monte era realmente obra del hombre, con sus ciclópeas figuras sentadas en tronos al frente, tal como se le había dicho: había fragmentos monumentales dispersos por todas partes en una confusión surrealista de rostros hieráticos, miembros, cabezas de animales y bloques cubiertos de inscripciones en griego antiguo. Evidentemente, él era el primero en haber llegado hasta allí desde hacía mucho, mucho tiempo.

Apenas le fue posible, Sester hizo llegar a la Academia de Berlín una exacta descripción de aquellos extraordinarios vestigios, pero su misiva halló sólo un tibio interés, si no una abierta incredulidad. Pero era 1881, apenas habían transcurrido siete años del sensacional descubrimiento de Troya, y probablemente alguien

pensó que si un arqueólogo improvisado como Schliemann había podido demostrar una intuición tan afortunada, quizá valiera la pena dar crédito a aquel desconocido ingeniero, por aquel entonces transferido a la Alejandría de Egipto. Así, la Academia informó al arqueólogo Otto Puchstein, que en aquel período se hallaba en la misma ciudad, y le rogó que contactara con Sester. El joven estudioso intuyó de inmediato que no se trataba de las fantasías de un visionario: la pormenorizada relación que envió a su patria impresionó de tal modo a la presidencia de la Academia que al año siguiente fueron puestos a su disposición ingentes medios para una expedición de búsqueda conducida por los dos. La confirmación del descubrimiento no sólo incluyó el nombre de Karl Sester en los anales de la arqueología, sino que extrajo de la oscuridad del pasado las vicisitudes de un reino olvidado y de su soberano.

De hecho, las ruinas de Nemrut Dag no pertenecían a un monumento asirio, como Sester pensó en un primer momento, sino al grandioso sepulcro de Antíoco I, rey de Comagene. Esta fértil región, que corresponde a la parte de la moderna Anatolia comprendida entre la cordillera del Tauro y el río Éufrates, era lo que hoy se diría un sector geográfico de importancia estratégica, y en consecuencia su historia fue siempre un tanto agitada: primero tributaria del imperio asirio, luego del persa, tras ser conquistada por Alejandro Magno pasó bajo el dominio seléucida. Alrededor del 162 a.C. consiguió hacerse independiente, pero desde aquel momento y hasta el 72 d.C. la pequeña monarquía se halló cumpliendo con el difícil papel de estado tapón entre el belicoso reino persa y el poderoso imperio romano, del cual finalmente se convirtió en provincia.

Desde el punto de vista cultural, el panorama de Comagene no podía definirse como unitario porque, pese a su posición, la



Reconstrucción digital del monumento.



Cabeza de Antíoco I de Comagene.

notable influencia griega no consiguió prevalecer nunca sobre el carácter oriental del país, cuya población estaba en general constituida por gente de origen semítico. Antíoco, que ascendió al trono en el 98 a.C., se propuso la ardua tarea de helenizar su territorio, y el primer acto de este ambicioso programa fue la construcción de un santuario funerario en honor de su padre, Mitrídates Kallinikos, en la ciudad de Arsameia, la moderna Eski Kale. En griego fueron compuestas las inscripciones dedicatorias, y griego era el estilo de los bajorrelieves que adornaban el suntuoso monumento. Un tiempo más tarde, el monarca empezó a erigir en la cima del monte Nemrut su propia tumba colosal, un túmulo de 50 metros de alto que proclamó que era el punto de apoyo de un nuevo orden teocrático por él presidido; para subrayar este intento, definió el sepulcro como *hierotherision*, que en griego significa lugar sepulcral consagrado a un culto. La elección del lugar no fue en absoluto casual, desde el momento en que la cima de la montaña era visible desde gran parte del reino y su elevación daba a entender la aproximación al mundo celeste. En efecto, Antíoco sabía muy bien que Comagene se hallaba en constante

equilibrio entre la civilización occidental y la oriental, entre las cuales servía de punto de contacto. Por esta razón el soberano quiso adornar el santuario con las imágenes de divinidades extraídas del olimpo grecorromano, del imperio persa e incluso del anatolio.

En las inscripciones halladas en Nemrut Dag, Antíoco proclamaba su amistad hacia Roma y Grecia, pero subrayaba al mismo tiempo su descendencia de Alejandro Magno por parte de madre y del rey persa Darío por parte de padre. Antíoco estaba además convencido de que después de la muerte su espíritu ascendería al cielo, donde ocuparía un trono aliado de Zeus Oromasdes, síntesis entre el más importante dios occidental y Ahura Mazda, el gran dios de los persas; en consecuencia, en las terrazas situadas delante del gran túmulo, se hizo representar en dimensiones monumentales, sentado, al lado de las principales divinidades del nuevo panteón. Su tentativa de autodivinizarse estuvo en parte justificada por el deseo de inculcar su propia figura en la conciencia de su pueblo, helenizándolo sistemáticamente, pero por supuesto no fue realista. El griego -además en su forma literaria, usada tanto en Nemrut Dag como en las inscripciones situadas en toda Comagene- era una lengua muy poco difundida en la región, y la gente no tenía muchas razones para aprenderlo, ni para asimilar el nuevo culto. Como tampoco las suntuosas ceremonias en honor del rey-dios, en las cuales abundaban comida, vino y baile, podían bastar para ganar la devoción de un pueblo que veía ignoradas sus raíces étnicas y que por ello debía contemplar con suspicacia una tal puesta en escena. Por ciertos versos es evidente que Antíoco deseaba realmente construir una identidad cultural distinta para Comagene, pero los colosales gastos sostenidos para instaurar el nuevo orden hacen sospechar que se trataba del delirio de un megalómano, que en los últimos años de su vida tomó partido por Pompeyo contra César y luego terminó por aliarse con los partos, enemigos de Roma. Antíoco murió alrededor del 31 a.C., antes de ver terminado su magnífico sepulcro, donde pese a todo fue enterrado: su hijo Mitrídates no quiso llevar a término la obra paterna y así abandonó la nueva religión, que había encontrado un favor bastante limitado y restringido, sobre todo por conveniencia, a la clase dominante.



Vista de la terraza oeste.

El monumento, al cual se accedía a través de dos empinadas vías procesionales, cada una señalada por una estela en la proximidad de la cima, se presenta hoy como un gigantesco túmulo de un diámetro de cerca de 160 metros, con amplias terrazas artificiales al frente en el lado oriental y occidental, y una más pequeña al norte. En las explanadas principales, excavadas en la roca viva y unidas por una calle procesional de 180 metros de largo,

se erguían las monumentales estatuas sentadas que representaban al

soberano y los dioses de su panteón personal. Tales figuras, identificadas por inscripciones en griego y en persa, estaban dispuestas en el mismo orden sobre ambas terrazas: de izquierda a derecha se sentaban flanco a flanco Antíoco divinizado, la madre patria Comagene (representada por una mujer con una cornucopia en la mano izquierda, un haz de espigas y fruta en la derecha, y con la cabeza adornada por una guirnalda de espigas, símbolo de la fertilidad de la región), Zeus Oromasdes, Apolo-Mitra y Hércules-Artagne, reconocible por la enorme clava que sujeta en su puño. La parte posterior de los tronos lleva una larga inscripción votiva - cuyo texto nos ha llegado casi íntegro- en la cual el soberano, además de describir los ritos a officiar en su honor, anunciaba al mundo el alcance del *hierotherision* y el conjunto de sus conceptos religiosos. Sobre cada lado, la serie de divinidades estaba flanqueada por un águila y un león, animales heráldicos del reino.

Las dos terrazas estaban en parte delimitadas por las llamadas -Galerías de los Antepasados-, dos series de bajorrelieves que representaban las efigies de los abuelos paternos y maternos del rey. En la terraza oriental, donde se alzaba también el altar principal del santuario y donde se desarrollaban las más importantes ceremonias de culto, un león de casi dos metros de alto se yergue aún frente a cinco dioses: su cuerpo está cubierto por diecinueve estrellas, mientras que bajo su cuello hay una media luna.

Esta peculiar representación constituye el más antiguo horóscopo conocido, pero su interpretación sigue siendo dudosa: sólo se sabe que la conjunción de Júpiter, Mercurio y Marte (las formas astrales de Zeus-Oromasdes, ApoloMitra y Hércules-Artagne) con la Luna en la constelación de Leo señalaba una fecha, alternativamente fijada por los estudiosos en el 98 o el 62 a.C. Año de nacimiento del soberano, de su ascensión al trono o del inicio de la construcción del santuario: nadie puede afirmarlo con certeza. No hay duda en cambio de que la disposición de este a oeste de las divinidades sincretistas representaba la unión cultural ideal entre Occidente y Oriente deseada por Antíoco; sin embargo, mientras que en la explanada oriental el estado de conservación de los grandes simulacros es relativamente buena, en la occidental no queda más que un amasijo incoherente de bloques descompuestos, abatidos por los seísmos que a menudo devastan la región. En este sentido, es realmente extraordinario que el santuario desafíe todavía la furia de los elementos, pero aún más extraordinario es el hecho de que la tumba de Antíoco haya frustrado hasta hoy las agotadoras búsquedas de los arqueólogos y de los cazadores de tesoros: de hecho, nadie ha descubierto todavía la exacta ubicación de la cámara sepulcral.